

Aprender a mirar para poder amar

Mirarnos con la ternura del Padre, la ternura de Cristo

Somos ontológicamente pecadores, abrazados por la misericordia de Dios. En todo momento indignos de su amor, mismo que es un don gratuito.

Reconocer seriamente nuestra humanidad es sabernos dependiente, amados y queridos desde siempre. Es el camino necesario para el encuentro con Cristo.

Sólo un gran amor, un gran dolor, dentro de una fuerte y tierna amistad, aunque frágil, hacen de un yo, un hombre, un padre.

¿Qué importa la modalidad de la concepción, cuando hay algo que es previo? Dios ha pronunciado tu nombre antes de que fueras concebido en el seno de tu madre. Por esto yo me repito continuamente: <<Yo soy Tú que me haces.>> Porque no soy el fruto de la concepción, soy fruto de algo que vino antes."

Reconocernos hijos de Dios es percatarnos de que somos hermanos, hacer conciencia de esta dependencia, del hecho de que la vida no depende de tí, que tú y yo somos hechos por Otro.

Mirar el pasado como un pasado de gracia. Porque sin eso que Él ha permitido no seríamos hoy. Acoger el sacrificio, el dolor y la enfermedad como una gracia, como un punto de partida, sabiendo que lo bello entre tanto dolor, entre los descartados por la sociedad, es la mirada; la mirada que los reconoce por aquello que son: hijos de Dios.

Comencé a mirarme con la ternura de Cristo. Comencé a saberme fruto de esa mirada, de ese amor y lo compartí.

